

Luis C. Fuentealba Weber

Enrique Molina y la búsqueda filosófica



RECORRE el hombre el camino de su existencia impulsado por un destino que no se aquieta sino con la llegada del último momento de su vida. Sometido al acontecer de los fenómenos, al imperio de las leyes naturales, busca, con la mirada fija en un mañana que estima mejor, la verdad, la belleza, lo sagrado, la bondad. Así pasa a ser habitante de dos mundos. Uno, que le traza implacablemente la ruta de los hechos que se suceden fríos, inmutables, acaso determinados; otro, que nace al amparo de ansias infinitas y que le lleva a elegir, seleccionar, preferir, estimar. Si el primero le hace ser una cosa más entre las cosas, un ser físico, el segundo le eleva al rango de hombre propiamente tal, porque le presenta el encuentro consigo mismo. Es la chispa de la creación que no se agota en su ser la que cobra forma y se hace llama en éste su reino. Audaz explorador inquiere en las entrañas mismas de la naturaleza el secreto de su funcionar complejo. Sutil forjador de la belleza se empina por encima de la bruma diaria; capta el color y la forma, descubre el sonido y la armonía: la obra de arte nace imponente. Adentrándose en sí mismo, allá donde el espíritu se coge en su pureza última, donde la realidad de su realidad parece evadirse y donde siente el aliento de algo supremo, aprehende en un

momento ignoto, en un instante de felicidad secreta y dolorosa, lo sagrado. El misticismo se irradia y la vida ya no sabe de otro peregrinaje que de aquel que conduce a Dios.

Pero no se detiene aquí su bucear, su indagar. Presiente, quizás lo sabe, que hay la verdad que es total y que él, pequeña cosa entre tantas otras, puede coger el todo, alcanzar el misterio mismo del universo, asirlo, para después dar una explicación satisfactoria a las inquietantes preguntas que no le abandonan jamás: ¿Qué soy? ¿Qué es el mundo? ¿Cuál es mi destino? El hombre se ha convertido en filósofo. Es éste quien intenta penetrar en el mundo mismo, quien anhela hacerse cuerpo y espíritu con él. Es el filósofo quien quiere aprehender en íntima comunión metafísica lo que es. Hay ocasiones en que cree conocerlo. Lo ha vivido; lo ha tenido; pero no le basta. Le es menester reducir su intuición a un sistema inteligible; primero para sí mismo y, después, para los demás. Porque no se posee la verdad si no se la puede dar, entregar.

Enrique Molina Garmendia, el enamorado perenne de la filosofía, ha vivido intensa, macizamente este sino del filósofo. Su labor nunca fue —no lo es— egoísta. Para su tarea de maestro no es suficiente experimentar la vivencia filosófica, tiene el anhelo de darla entera a los demás. Por eso hubo de apartarse muchas veces de su meditación, para que el resultado de su investigación se volcase íntegro a través de la cátedra y de los libros. En sus obras expresa con voz queda lo que es filosofía, lo que es este quehacer de pensador silencioso y solitario. Se asiste a la dramática dualidad que constituye la razón de ser del filósofo: vivir la felicidad de amalgamarse con lo real y tener que apartarse, al mismo tiempo, para observarlo desde lejos con gesto duro y hostil a través de los ojos de la fría razón y poderlo coger en forma inteligible. Este es el motivo por el cual no se mantiene en el plano de la vivencia de la realidad a pesar de que su interés apunte hacia el incesante ir y venir de lo que fluye; Molina está dominado por la auténtica inquietud del filósofo y no le es posible contentarse con la dulce pero inefable angustia del amante que se solaza con la contemplación del objeto de su amor. Tiene la con-

ciencia cabal de que es necesario romper el cerco del encantamiento y sabiéndose parte, erigirse en juez.

No hay filosofía que, de alguna manera, no haga objeto de su reflexión los eternos temas del ser y del valorar. Enrique Molina, con clara y serena visión de lo que es el filosofar, lo explica en su *Confesión filosófica*: “Lo esencial de la filosofía lo encontramos en las disciplinas que nos conducen a obtener una intuición del Ser, a tentar una interpretación suya y, luego, a definir nuestra actitud ante él. El primer problema es el objeto de la ontología o ciencia del Ser y el segundo nos introduce en el reino de los valores, o sea, la axiología”.

Difícil tarea es delimitar las fronteras que separan la ontología de la metafísica, pero no imposible. Quien reflexione con profundidad sin atenerse exclusivamente a lo dado, quien medite acerca de la esencia del ser, aunque no lo pretenda o aunque lo niegue, hace metafísica. Aquel que pregunte por el ser del ser; el que se interese por establecer qué es lo que determina que un ser sea ser, se encuentra dentro del ámbito de la ontología. No puede el filósofo empero mantenerse dentro de la ontología; necesariamente, dirigido por la inquietud de su espíritu, se interna en la metafísica. Con juicio certero el iniciador de la meditación típicamente filosófica en Chile así lo ha comprendido. Afirma, sin dejar lugar a dudas, que hacer filosofía es hacer metafísica. Por ello no hay posibilidad alguna de reducir la filosofía a una ciencia.

En dos de sus obras, *Proyecciones de la intuición* y *Dos filósofos contemporáneos*, Enrique Molina se preocupa del problema del camino que conduce a la filosofía, al mismo tiempo que expone, en líneas generales, su itinerario filosófico. Cabe hacer notar que en toda su producción filosófica se pone en evidencia la lucha que ha debido sostener para esclarecer su pensamiento, para dar forma a lo que bulle con calor en su conciencia y en su espíritu. Una y otra vez vuelve sobre lo ya analizado. Es como si sintiese una disconformidad tremenda entre lo que intuye y lo que presenta en el esquema racionalizado de proposiciones coherentes.

Es indiscutible que el punto de partida de todo conocer lo pro-

porciona la intuición. Pero ¿puede aceptarse la intuición como el método eficaz y suficiente para llegar al conocimiento metafísico? Molina responde: "Por medio de la intuición la filosofía aspira a penetrar en la esencia de la vida y del Universo, en lo que dura y se halla en perpetua movilidad, regiones a donde no puede llegar la inteligencia que se ocupa de lo inerte, de lo material y divisible". Ve en el acto de intuir una especie de iniciación, algo así como el fulgor de una hipótesis que ha de ser confirmada. No le concede, por lo tanto, mayor valor como procedimiento para conocer la realidad. Por el contrario, sólo sirve como una primera aproximación en la cual el hombre no ha sido capaz de despojarse del sentimiento de lo subjetivo y aun de lo místico. Representa sólo una toma de contacto con el ser, contacto cuya verdad podrá ser verificada exclusivamente por la inteligencia. Mirada de esta manera, la intuición no es más que un juicio o una serie de juicios que apuntan hacia la realidad, hacia lo absoluto. Descansa sobre un cúmulo de experiencias anteriores y se encuentra influenciada por sentimientos múltiples que traducen la subjetividad confusa que forma parte del ser. Por eso precisa de la acción depuradora de la elaboración racional. Exige la prueba. Es imprescindible la justificación que muestre que aquello que se establece en el plano del pensamiento, concuerda con la realidad objetiva; en este caso, con el ser en su prístina desnudez; con el devenir en su crudo llegar a ser. Así, la filosofía cuyas raíces podrían confundirse con las del misticismo, se inclina notoriamente hacia la fundamentación científica.

Se advierte aquí un problema al cual Molina no da solución. ¿Cómo probar, cómo fundamentar que el trabajo racional, rígido y riguroso con el cual forja el filósofo "su" conocimiento se asienta sobre la captación de la esencia de la realidad del ser? ¡Ay! Tragedia y miseria a la vez del pensador. Ante los ojos de su intuir, lo que se presentó en forma personalísima, subjetiva, como un resplandor que le iluminó por breves instantes el camino. Tuvo y tiene conciencia y fe en lo que intuyó. Pero no es más que una fe filosófica que origina una *Weltanschauung*. De aquí que no traspase los límites

de lo estrictamente personal, de lo que está en el ámbito de lo propio, de lo inverificable. Sin embargo, el filósofo tiene la intención de probar, quiere mostrar que lo que cogió intuitivamente y que presenta a través del pensamiento, encuentra el modelo en el ser como tal. Esta es la razón por la cual ha de esforzarse repetidamente, sin interrupción, en convencer por medio de las ideas que "su" realidad es efectivamente la realidad objetiva. Se halla en la situación del músico que desea producir en el auditor, a través de los sonidos, las mismas emociones que hicieron brotar las notas que escucha.

El método que sigue Enrique Molina en la fundamentación y construcción de su sistema filosófico es un dialogar, una discusión que entabla con diferentes pensadores. Ante cada uno va exponiendo y enfrentando lo que captó en creadora intuición. Así, lo que surgiera como una nebulosa primaria, se aclara y se depura. Después, en bellas frases, se precipita el contenido de su reflexionar. Por eso, al leer sus libros, se tiene la impresión de que se asiste al origen y al desarrollo del proceso del pensamiento del que fuera rector de la Universidad de Concepción. Es como si se escuchase su voz y, al oírla, se comenzase a aprender.

En *De lo espiritual en la vida humana*, su obra capital, cobra forma la "concepción del universo" que le anima. El título ya es una información del objeto de su meditación. Lentamente conduce al lector al descubrimiento de que la vida humana es algo más que un simple vivir, más que el existir; el hombre posee algo que le diferencia de todo ser vivo conocido: la espiritualidad. Espiritualidad que nace y se construye en largo, continuo y difícil batallar y que hace del hombre un creador.

¿Dónde se debe buscar el sentido de la vida? La respuesta fluye espontánea y ágil: "sólo en el hombre" en cuanto es un ser que razona y crea. Sólo el hombre tiene y hace historia. De ningún otro ser se puede afirmar que camina por los senderos que se dirigen a transformar la naturaleza para hacerla mejor.

Toda indagación que tenga que ver con el destino del hombre significa establecer una metafísica que quiere sustentar una *Weltan-*

schauung, que pretende dar respuesta a los problemas de la existencia de Dios, de la inmortalidad del alma y de la libertad del hombre.

Puede el problema del significado de la existencia parecer vano, inútil, sin interés, quizás, sin importancia. Acaso, ¿los diversos tipos de hombres que trabajan, que escriben, que son políticos, que viven en la pobreza o en la opulencia no encuentran un sentido en aquello que realizan o hacen? Y si necesitan de explicaciones ¿no las hallan en los esquemas claros, pero rígidos de las cosmovisiones que precocizan los grupos sociales? ¿Para qué atormentarse? En esas concepciones del universo el hombre mira lo trascendente y al mirarlo, le encuentra una significación al vivir: en su seno halla la seguridad que tanto precisa a veces.

No obstante, los sistemas religiosos parece que se agotan o gastan con el transcurso del tiempo, y la fe que despertaron y la que suelen despertar en los hombres nunca es una fe que se extiende a todos. Los hay "cuyos espíritus se resisten a toda concepción de lo suprasensible" (*De lo espiritual en la vida humana*, página 14).

El misticismo profundamente humano de Enrique Molina aflora cuando afirma que el mayor bien que puede alcanzar el ser humano es la fe en la inmortalidad del alma. A partir de esta idea se puede comprender la explicación de su vocación de maestro. Piensa que la tarea primordial del filósofo de esta época ha de ser salvar al hombre de la duda en lo espiritual, de lo que supervive. Contrae así un compromiso consigo mismo, un compromiso que, como filósofo y profesor, cumple exuberante.

El hombre no debe desviar la mirada de lo trascendente. Allí es donde se hace esencial ubicar un principio, un comenzar que es o Dios o una sustancia cualquiera que viene a ser el núcleo original del ser y del acontecer. No es posible concebir una serie infinita de causas. Hay que partir de una que, incluso, se satisfaga en sí misma. Pero este contemplar de lo Absoluto no significa que se ha de abandonar todo intento racional de encontrarle un sentido a la vida humana. Para conseguirlo es necesario encaminar el análisis hacia lo específicamente humano y tratar de observar en qué consiste. Se ad-

vertirá entonces que la vida se desliza y se presenta como un "progreso". No un progreso de orden político o social, sino un progreso que se manifiesta en la creación espiritual, única actividad que puede conferirle valor a la vida. Es preciso tener fe en el progreso, pues con esto se le atribuye al ser del hombre virtualidades que, una vez realizadas, le asignan un sentido a la vida. Y ciertamente el hombre ha progresado. La historia muestra que ha habido desarrollo de la inteligencia, de la moral y aun de la cultura física.

El progreso espiritual tiene un desarrollo dramático: la lucha incesante de lo nuevo con lo tradicional. Es lo grande que pretende levantarse y que lo antiguo, lo tradicional, quiere ahogar antes de que brote. Es lucha que irrumpe cuando la miopía, que no es capaz de coger lo que es más útil, lo que significa un porvenir mejor, trata de destruirlo. El progreso es una lucha siempre reiniciada. Es un combatir interminable en el cual la nueva idea tiene que mostrar y demostrar su valer. Es un combatir en que el nuevo germen ha de poner en evidencia que será útil para alcanzar un perfeccionamiento, esto es, que efectivamente representa una idea de progreso.

Para que una idea implique progreso ha de servir al bien y sus aplicaciones han de contribuir a la realización de los valores morales o sociales. Se puede afirmar, por lo tanto, que existe progreso cuando aparece un adelanto en las relaciones humanas y, cuando como consecuencia, se advierte un mejoramiento del alma. Múltiples factores condicionan el progresar; los hay de toda índole: desde los elementos geográficos hasta los biológicos; desde los económicos hasta los religiosos. Sin embargo, lo fundamental —y que no debe olvidarse— es: el progreso parte de una idea individual que crece impetuosa y se extiende a través de los grupos sociales haciendo mejores a los hombres.

Es el espíritu humano, que no debe confundirse con lo material, lo corpóreo y que, tal vez podría designarse con el término alma, el que se abre al mundo y capta lo nuevo en el espíritu universal. El espíritu universal debe entenderse en su mismidad como una "energía condicionada por sus propios elementos, de cuya condición re-

sulta el orden de la naturaleza; energía en acción perpetua y siempre en trance de superación” (*De lo espiritual en la vida humana*, página 120). El espíritu y la materia no pueden separarse del Ser. Espíritu y materia que, en su esencia, no son algo diametralmente opuesto, son, se identifican con el Ser. Sin embargo, “El Ser no se define. Se percibe, se siente, se intuye...”, “...comprende todo lo que abrazan las antenas captadoras de nuestro entendimiento...” “y comprende, por último, el espíritu con todas sus modalidades ideales” (*Confesión filosófica*, páginas 56 y 57).

Mas, es necesario caracterizar al Ser. A pesar de que el hombre está inmerso en él, puede darle forma, convertirlo en un objeto que se le enfrenta: “Siendo imposible para nosotros conocer su origen (del Ser) y no pudiendo concebir tampoco que deje de ser tenemos que reconocer de que es necesario y absoluto. En esta concepción hay concordancia con las doctrinas de Parménides y de Spinoza. Con el ilustre griego pensamos que el Ser es único, infinito y eterno, y con el genial holandés que lo que hemos dicho de que sea absoluto se refiere a su sustancia mientras que sus modos son contingentes” (*Confesión filosófica*, página 57).

Si se concibe el espíritu de esta manera, se comprende cómo es posible que en esta energía eterna, constante y absoluta, el espíritu humano pueda encontrar en potencia las ideas nuevas. Sólo al hombre —o quizás a otros organismos superiores— le está reservada la facultad de convertir estas potencias en acto. No significa esto empero que todos y cada uno de los hombres dispongan de la capacidad de aprehender las virtualidades. Únicamente hay creación cuando alguno, privilegiado, bebe en la fuente del Ser. Así enfocado el progreso no es otra cosa que la cooperación creadora del hombre con el Espíritu Universal, con el Ser. La actitud típicamente humana se reduce, por lo tanto, a descubrir lo que hay en potencia para transformarla en acto.

Podría pensarse que el Espíritu es una sustancia pura, difusa y deshumanizada. Sin embargo, la lectura atenta de *Confesión filosófica* y de *De lo espiritual en la vida humana*, no da margen para

esta conjetura. El espíritu es un algo complejo, es el suceder en el campo de la creación humana en la búsqueda incesante de valores. El Espíritu Universal, comprendido en el Ser, es un eterno hacer, un eterno llegar a ser en que las potencias pasan a ser actos. El Ser es el total de lo que percibe el hombre y también de lo que no percibirá jamás; es lo natural y lo cultural, es aquello de lo cual el hombre es parte integrante y constitutiva. "Tengo la clara intuición de que mi existir es estar en el Ser Universal" (*Confesión filosófica*, página 55).

Las búsqueda de los valores implica la existencia de la libertad. Exige que el hombre disponga de la posibilidad de trazar sus propios caminos, manifestar y expresar a través del lenguaje y de los hechos sus propias decisiones. La libertad es un problema auténticamente humano. Es el problema que "entra con mayor hondura en los anhelos y necesidades de los hombres y suele presentarse como el remedio ideal para todo lo que nos falta y para lo que sentimos inexpresado en nuestra personalidad" (*Proyecciones de la intuición*, página 49).

La libertad es una manifestación del espíritu, de la personalidad. Estatuye la posibilidad de poder desarrollar en forma integradora y organizada los factores que la conforman. Es una facultad que no se logra fuera de la sociedad, ni tampoco fuera del simbolismo necesario que capacita a los individuos para establecer vínculos entre ellos. Pero la libertad es todavía algo más, es "La austera comprensión de la libertad en cuanto dominio de sí mismo. Dominarse a sí mismo es camino ineludible para lograr la mayor independencia espiritual" (*Proyecciones de la intuición*, página 52). No se debe pretender la solución total del problema de la libertad, pues lo que se denomina libertad no es más que la resultante de una cadena de procesos, muchos de los cuales permanecen en el misterio. Tal vez estén determinados, quizás obedezcan a causas, mas no dispone el hombre del poder para observarlos. Nada sabe de ellos y, justamente por eso, puede ser que surja el sentimiento de que posee lo que llama "su libertad". La libertad está unida al espíritu que crea,

que busca la verdad, que intuye lo sagrado, que se emociona ante lo bello, que elige lo bueno: “Estas obras y creaciones —afirma Molina— constituyen la realidad del Espíritu”.

La actividad espiritual del hombre se manifiesta con mayor claridad en la función valorativa. Al buscar los valores superiores entabla la lucha contra el instinto. Y ese es el triunfo de la libertad. Es la victoria de la razón que impone su dominio sobre el mundo del automatismo.

Los valores no son ni esencias, ni quiméricas ideas platónicas. Hay que ver en estos objetos algo totalmente diferente que sólo puede florecer en la conciencia humana. Son vivencias “relativas” del hombre. Aparecen con éste y también en los vínculos que los hombres establecen entre sí. Su origen primario ha de buscarse junto a la fuente donde brotan los instintos. Emergen a la conciencia como un algo digno de ser aprehendido, lo que obliga a intervenir a la razón que se enlaza estrechamente con las cualidades afectivas. En ese instante, sólo en ése, el valor adquiere plena y cabal vigencia. Posteriormente en las cosas dadas por la percepción o quizás por la imaginación, en que tanto el sentimiento como el intelecto captan en un acto complejo y preñado de libertad lo bello, la verdad, lo sagrado, se descubre el valor. De esta vivencia extraña, mezcla de emoción y de inteligencia, se forjan los conceptos abstractos: belleza, nobleza, santidad. “Así, pues los valores en su forma superior vienen a ser conceptos, cuya sustancia se extrae de la apreciación de las cosas y de los hechos, y en los cuales por referirse a intereses profundamente vitales, se infunde de manera inseparable el calor de los sentimientos” (*De lo espiritual en la vida humana*, página 181). En esta su forma abstracta son indestructibles. Solamente en este sentido pueden concebirse como esencias que existen en un reino ideal. “Los valores poseen en su forma abstracta una especie de indestructibilidad substancial” (*De lo espiritual en la vida humana*, página 181).

Entre los valores superiores o ideales coloca, en primer término,

los valores éticos. No podía ser de otra manera. Tiene, Enrique Molina, alma de místico y alma de asceta. Al profundar dentro de su ser intuyó que la actuación moral, aquella que es la resultante de una elección entre lo bueno y lo malo, es la que confiere el sentido a la vida del hombre. Todo lo demás, cualquiera que sea la creación que realice éste, ha de ser comprendido en función de la ética.

No hay moral fuera del hombre. Exclusivamente este ser tiene la sensación de culpa. Pero si bien es cierto que esta sensación de culpa es algo personal e individual, la moral no puede ser comprendida ajena a lo social. El hombre es, pero no es un ser aislado, sino que es en cuanto su ser se proyecta y se incluye dentro de la convivencia social.

La moral no debe constituir un problema sin solución. Para los que tenemos la suerte de conocerle tal posición no puede causar sorpresa. Su manera de ser, su actitud en la vida, su personalidad plébrica de sentimientos sociales y de esa solidaridad que tanto admira en Guyau son la consecuencia de una posición tomada con plena conciencia tras larga y seria meditación. No puede llamar, por eso, la atención el que se detenga casi con complacencia en la exposición que hace de la moral de Epicuro, cuando analiza delicadamente el pensamiento ético de Guyau. En páginas inolvidables se asiste al fluir de las ideas que se desarrollan en el alma y el pensamiento de Enrique Molina. Se comprende entonces el cariño que siente al darle nueva vida a la moral epicúrea que se acerca insensiblemente a la moral estoica. Y nos atrevemos a afirmar que su cosmovisión, depurada a través del análisis certero que hace de los sistemas de Bergson y de Spinoza, encuentra su entronque, su fuente primera, en la concepción del universo que anima la filosofía de Epicuro. "Confieso que a este clamor algo dolorido al frente de la intrusa (la muerte), prefiero la serenidad estoica de Epicuro; pero entendiéndolo, sí, que ella no significa la detención en el desarrollo del ser. Se extingue nuestra personalidad individual; mas persiste la obra de proporciones indefinidas e imprevisibles en que colaboramos, obra que

tiene desde ya los caracteres de una gran creación espiritual" (*Dos filósofos contemporáneos*, página 69).

Para que una actitud pueda ser definida como moral, debe estar afincada en el sentimiento de libertad, esto es, en la fe de que la voluntad humana es autónoma. No se olvide que la libertad representa un justo término medio entre el determinismo y el libre albedrío; entre el indeterminismo y lo que está ciegamente encadenado. La libertad significa, mirada así, una concordancia de la personalidad consigo misma cuando asume la responsabilidad de lo que realiza o se propone hacer. "Nosotros llamamos obrar con libertad proceder conforme al dictado que interpreta mejor nuestra personalidad completa; y así asumimos la responsabilidad de lo que hacemos" (*Dos filósofos contemporáneos*, página 93).

Si bien es cierto que la intención tiende a constituir el primer paso hacia la conducta moral, no basta; ya que de serlo, se desatarían todos los intereses que apuntan hacia el egoísmo. Pues, no se puede desconocer que los impulsos arrancan de la vida instintiva, pero la moralidad descansa en fuentes diversas al instinto. Lo instintivo es mecánico, innato; la moral es algo que se adquiere y alcanza plena conciencia.

La moral —como ya se advirtiera— descansa en la noción de sanción. No se la podría concebir sin sanción. Un hombre para quien carecen de valor las sanciones sociales y las sanciones religiosas no puede ser moral. No se preocuparía por el resultado que pudiesen ocasionar sus actos. Si un ser tal pudiese existir, sería tal vez un superhombre o un dios que estaría más allá del bien y del mal.

De la observación de los distintos tipos de moral anunciados en las escuelas filosóficas, como de aquellos que se han proyectado en los grupos humanos a través de la historia, queda un dejo de amargura, una resonancia de relativismo, un sabor de verdad que se escurre. ¿Se puede inferir de esto que no hay moral? Contesta Molina: "Aunque la moral se torne flotante y relativa desde el momento en que se la quiera hacer descansar sobre bases trascendentales y

absolutas, aunque el mundo ético se nos presente así tan relativista como el mundo físico, sin embargo, en todo momento el hombre tiene algún claro deber que cumplir, indicado por la moral positiva, indicado por su conciencia. Aún más. En las tribulaciones de la vida, en las horas de desengaño, cuando hieran su corazón las ingratitudes e injusticias de los hombres, cuando le parezca que todo se oscurece o se hunde a su alrededor, la idea de su deber, el sentimiento de su deber, será su única ánora de salvación. El cumplimiento del deber lo libraré de sucumbir entre las iniquidades de los demás porque entonará su vida espiritual. Y si alguien siente, después de examen maduro, claro y sereno, que hay normas mejores que las señaladas y acatadas por la moralidad ambiente, su deber será luchar por esa norma mejor, idea nueva, que entra a constituir un imperativo de su alma creadora" (*Dos filósofos contemporáneos*, página 142).

En el último Congreso de Filosofía celebrado en el año 1956 en Santiago de Chile, uno de los temas debatidos se refería a la posibilidad de la existencia de una filosofía propiamente americana. A pesar de que no hubo consenso unánime —nunca lo hay en asuntos de índole filosófica—, la idea predominante que se advirtió al través de las deliberaciones fue negativa. Tal vez influyó preponderantemente el título con que se planteó el tema. Pues si se hubiese preguntado si se hace filosofía en América Latina, la respuesta habría sido distinta. Nosotros no creemos que exista una filosofía francesa o una filosofía alemana o aun rusa (cuando allí haya libertad para pensar). Estimamos que hay filosofía en cualquier lugar de la tierra donde los hombres libres son capaces de encarar con reflexión serena la totalidad del universo y del hombre para encontrarle una significación al acontecer. No interesa que el punto de partida arranque de tal o cual pensador. Lo importante es que se justifique la propia concepción del universo que se abrió radiante en una intuición genial. Se ha de admirar al pensador que de alguna manera está realizando una labor constructiva, a aquel que ha mirado cara

a cara la realidad y la esencia del Ser. A ese pensador, a ese filósofo que recrea y vivifica con luces propias el filosofar de los que ya fueron en el tiempo y en el espacio. Enrique Molina es en ese y en este sentido un pensador, un auténtico filósofo. Y no habrá filosofía en Chile que no haya de reconocer en él al hombre que, con su alma de maestro, supo llegar hasta sus discípulos para enseñarles con cariño, con calor, cómo se debe filosofar.